

CAPÍTULO 4

**EDUCACIÓN, GEOGRAFÍA
Y VIDA COTIDIANA**

Julio César Rubio Gallardo

Nilson Giovanni Fajardo Quiñones

Lina Juliana Robayo Coral

“La relevancia de estudiar lo cotidiano precisamente radica en que es allí donde se hace, se deshace y se vuelve a hacer el vínculo social, es decir, las relaciones entre los hombres. Por esto, varios autores dedicados a este campo han planteado que lo cotidiano es el lugar en donde se juega la socialidad de la alteridad”

Alicia Lindón

Pero el habitar es el rasgo fundamental del ser según el cual son los mortales. Tal vez este intento de meditar en pos del habitar y el construir puede arrojar un poco más de luz sobre el hecho de que el construir pertenece al habitar y sobre todo sobre el modo como de él recibe su esencia. Se habría ganado bastante si habitar y construir entraran en lo que es digno de ser preguntado y de este modo quedaran como algo que es digno de ser pensado.

Martin Heidegger

Hace algunos años bajo el auge del debate académico, social y político de la llamada globalización, varios autores y libros presagiaron el fin de la geografía, producto de la compresión espacio-temporal y de la reducción de las distancias por la revolución tecnológica. Ese achicamiento del mundo y la intensidad de las interacciones daban privilegio a la dimensión temporal y del presente de la experiencia que se configuraba en esta “nueva era” histórica. Pero, paradójicamente, la realidad de los hechos sociales decía y resaltaba la importancia de los espacios en las guerras contemporáneas; en los efectos espaciales del calentamiento global; en la defensa del territorio de grupos sociales;

en lo estratégico de las tierras para la seguridad alimentaria o para las grandes multinacionales de los alimentos; y, para la reconfiguración de los Estados-nacionales en medio de la globalización. Si bien teóricamente se proclamaba el fin de la geografía, el mundo de la vida la recuerda insistente e inextricablemente.

Atendiendo a esas dinámicas y reconociendo la centralidad de la dimensión espacial, varias disciplinas de las ciencias sociales y humanas, han emprendido reflexiones teóricas y empíricas donde el *espacio*, el *territorio*, el *lugar*, como problema de conocimiento vital y pertinente para la comprensión del mundo. Una especie de paradoja entre desconocimiento y reconocimiento vive el saber geográfico, a pesar de sus diferentes usos en campos disciplinarios y sociales diversos. Al punto que algunos han anunciado la llegada del “giro espacial” (Garrido, 2020). No es distinto lo que sucede en el campo educativo, el saber geográfico sigue anclado a una tradición y representación que lo jerarquiza con relación a las otras disciplinas que, muy a pesar de los ingentes esfuerzos de muchos/as docentes, es un “saber sometido” (Foucault, 1980). Es decir, relegado en la jerarquía, pero usado por otros sin reconocer su valor. Una lectura atenta de los libros de textos ayudaría a confirmar esta situación.

La relación del saber geográfico con el mundo escolar, en tal sentido, semeja un *mapa nocturno* (Barbero, 1987; 1998). Un mapa que debe ser descifrado en las relaciones cotidianas que permiten leer y comprender los usos que del saber geográfico se hace vida del común, del trabajo, del amor, de la guerra, de la educación y de la vida en sociedad. Reconociendo esta importancia, vale pena subrayar dos aspectos que nos deja el ejercicio investigativo adelantado con docentes del área de ciencias sociales, la revisión de algunos libros sobre educación geográfica y una

lectura de proyectos agenciados por la alcaldía del Distrito de Santiago de Cali, que contenían una dimensión geográfica y educativa. El primer aspecto es la imperiosa necesidad de *pensar* el espacio, en tanto no es una categoría o concepto estático

Pensar.

Emprender un diálogo sobre el espacio e intentar bosquejar un horizonte para su conceptualización, es lanzarse a un ejercicio que requiere cierto tono de audacia o locura. No se quiere con esto ocultar la responsabilidad intelectual que evoca, solamente se advierten los límites de lo que sigue a continuación. Hablar sobre el espacio, en principio requiere tomar alguna distancia crítica con tres posturas que aún circulan y hacen mella en el pensamiento académico y en el sentido común. La primera postura es aquella que asimila espacio con *espacio físico*. Es el medio natural o construido la referencia de lo espacial, lo nombrado serían las cosas - árboles, casas, montañas, plazas, etc. -, sin contemplar la vida humana y social en ellos. El espacio aquí sería solo un *enunciado* que carece de significados sociales; son cosas mudas a la hora de pertenecer a algo. Esta postura es fundamento de un determinismo físico, de un elogio de permanencias en su condición de estar, de un orden construido inmutable, o de un naturalismo estéril. El espacio como espacio físico es la minimización de la producción de significados humana.

La segunda postura, no muy lejos de la anterior, concibe al espacio como un *recipiente*, como *un balde* en el cual se deposita lo social. Es la teoría del contenedor de la que nos hablara Ulrich Beck (1998), a propósito de los debates de la globalización y los Estados-nacionales, donde el espacio es guijarro donde se insertan los acontecimientos y la historia, los sujetos sociales y sus objetos. Este espacio llenado, pero jamás transformado, es

estático, férreo y exagerado en sus retículas. Esta concepción del espacio como recipiente, unida al determinismo anterior, forman una clave que, políticamente, amenaza los progresos de cualquier grupo humano, en tanto los ancla a un lugar. Al punto que esta mirada ha servido como justificadora de nacionalismos o de emplazamientos discriminatorios.

Una última postura, es la utilización indeterminada del concepto - espacio aéreo, bancario, social, virtual etc. (Augé, 1993) - o la “frecuencia de las expresiones figurativas tan invasoras en nuestros días: el “espacio literario”, el “espacio de lo posible” (Zumthor, 1994). Estas ligerezas y abundancias se repiten continuamente, se vuelven uso del lenguaje, provocando la fragmentación y la flaqueza de sentido del concepto, porque todo sería espacio. Algo parecido ha venido ocurriendo con los conceptos de territorio, territorialización, espacio, espacialidad que, a poste, son todo y nada a la vez.

Las anteriores posturas - espacio físico, recipiente, ligereza y abundancia - no dejan ver la profundidad ontológica que tiene, contiene y produce el concepto de espacio. Si bien existe literatura que ha optado por resaltar el concepto de *lugar*, como un concepto más dinámico, flexible e utilizable, como en el caso de una corriente española de pedagogos, arquitectos e historiadores que vienen trabajando la problemática educativa, y plantean que

“La ocupación del espacio, su utilización, supone su constitución como lugar. El “salto cualitativo” desde el espacio al lugar, es, pues, una construcción. El espacio se proyecta o imagina, el lugar se construye. Se construye “desde el fluir de la vida” y a partir del espacio como soporte; el espacio, por tanto, está siempre disponible y dispuesto para convertirse en lugar, para ser construido” (Viñao, 1993)

Intentando otra mirada, se pretende caracterizar al espacio como posibilidad teórica para entender la complejidad social y

cultural, e intentar debatir con posturas, que utilizando “engañosas” denominaciones, abren la idea de profundizar conceptualmente y descifrar diferencias o cruces teóricos entre estas miradas⁹. No siempre los *nuevos conceptos* avanzan en la comprensión, en ocasiones ocultan la riqueza de los *viejos* en su afán de la imperiosa novedad. Una de las discusiones que han tenido que afrontar las teorizaciones de lo espacial, para su mayor comprensión, es la conjugación o separación de lo individual y lo colectivo, del ser y la sociedad. Sin entrar a prolongar este debate, se propone explorar un *trayecto* que haga visible las diferentes opciones, sus posibles cruces y acercamientos, con el ánimo de *delinear* un concepto que nos sirva como opción teórica y se identifique en la experiencia social.

Para emprender lo anterior, una primera aproximación plantea que la idea de espacio refiere al cuerpo; al cuerpo como manifestación habitada que se integra a la experiencia colectiva. Cuerpo, espacio próximo, íntimo, que necesita de su comprensión e inscripción en la colectividad que, hagan de él, referente objetivado de la función social establecida y que provoque la *personalización del espacio*. “Solo diré que nuestra experiencia corporal del espacio implica al mismo tiempo un dinamismo que nos empuja a recorrer su extensión - la nuestra -, tomando conciencia de ella, y una estabilidad que nos permite construir a nuestro alrededor zonas sucesivas hasta los límites de lo desconocido” (Zumthor, 1994, p. 25). Tal personalización subjetiva del espacio objetivo, reconoce la vivencia y lo íntimo que el cuerpo encarna como centro de la experiencia. La primera escala espacial es el cuerpo.

⁹ La intención es la misma de Ulrich Oslender en “Espacializando resistencias: perspectivas de ‘espacio’ y ‘lugar’ en las investigaciones de Movimientos Sociales”. En: **Cuadernos de Geografía**, Universidad Nacional, Vol. VIII, N° 1, 1999.

Ese espacio corporal, de pensamiento y lenguaje esta imbricado con la creación del mundo social, a la vez que reconoce al ser como espacial o a la espacialidad como categoría inherente al ser. Este reconocimiento niega que hombres y mujeres se encuentren *dentro* de un espacio y lo referencien como exterioridad ajena, por el contrario, evidencia la construcción de este por ellos/as, a la vez que es la significación de ellos/as como sujetos. La fuerza del espacio radica en la *intimidad significativa* del sujeto con aquello que construye y lo rodea como parte de él.

“Que sea espacial no significa, pues, que el hombre, así como todo otro cuerpo, llene un espacio determinado [...], sino que expresa que el hombre está determinado en su vida y necesariamente por su actitud frente a un espacio que le rodea [...] El hombre no se encuentra en el espacio como, por ejemplo, un objeto en una caja; ni tampoco se relaciona con el espacio como si existiese primero algo así como un sujeto sin espacio que posteriormente entrase en relación con éste, sino que la vida consiste originariamente en esta relación con el espacio y no puede ser desligada de él ni de modo ideal” (Bollnow, 1997, p. 98).

En esta intimidad se consolida el acto de habitar - ser de algún sitio - que prodiga el espacio. Este enraizamiento identitario hace brotar los sentidos de estar y ser parte de algo.

“Aquí, en efecto, tocamos una recíproca cuyas imágenes debemos explorar; todo espacio realmente habitado lleva como esencia la noción de casa. Veremos cómo la imaginación trabaja en ese sentido cuando el ser ha encontrado el menor albergue: veremos a la imaginación construir ‘muros’ con sombras impalpables, confortarse con ilusiones de protección o, a la inversa, temblar tras unos muros gruesos y dudar de las sólidas atalayas. En resumen, en la más interminable de las dialécticas, el ser amparado sensibiliza los límites de su albergue. Vive la casa (*espacio*) en su realidad y en su virtualidad, con el pensamiento y los sueños” (Bachelard, 1995, p. 64)

Esta vivencia del ser es fundamental porque nos permite reconocer dos elementos claves para comprender lo espacial: el primero, es reconocer el concepto y la vivencia de la *espacialidad*; y segundo, la *caracterización* de la producción social del espacio. Estos elementos son marco para el análisis. Edward Soja, geógrafo norteamericano, ha propuesto una definición de espacialidad que sirve como posibilidad teórica y enriquecimiento conceptual.

“Es necesario comenzar diciendo tan claro cómo es posible la distinción entre un espacio *per se*, y un espacio como dato contextual, la espacialidad de base social, es un espacio creado de la organización y de la producción social ... La verdad no tenemos en inglés una expresión ampliamente usada y asida para transmitir la cualidad intrínsecamente social del espacio organizado, sobre todo una vez que las expresiones “espacio social” y “geografía humana” se tornaran muy oscuras, con sentidos múltiples y a menudo incompatibles. Por esas y otras razones, opte por usar el término “espacialidad” para especificar ese espacio socialmente producido” (Soja, 1993, p. 98)

La idea de Soja consustancia en lo producido y construido en sociedad, abre lugar al segundo elemento clave para la caracterización del espacio: su producción social. ¿Cómo entender esta producción? Acudiendo a los planteamientos de Henri Lefebvre (1997), en su novedosa teoría *economía política de la producción del espacio*, ha propuesto tres niveles para comprender la producción y dar pistas para la construcción del espacio: La práctica espacial, la representación del espacio y los espacios de representación.

La *práctica espacial* supone la apropiación del espacio a través de su funcionalidad, de entender sus límites sociales y aceptar sus prescripciones normativas. Esta localización y práctica espacial, produce y reproduce lo específico, la cohesión y la continuidad;

práctica que es colectiva y organizada constituyendo un *orden social y espacial*. La configuración espacial posee lógica y sus funciones hacen posible su eficiencia. La práctica espacial lo que hace es identificar y definir el papel del espacio como producto de las relaciones sociales y de las construcciones culturales de cada sociedad, que conllevan la configuración de una organización, de un orden y unas funciones sociales y espaciales. La constitución de un orden espacial, a través de las practicas ofrece y posee la tensión entre la colonización funcional del espacio y las memorias colectivas que habitan y re-construyen la espacialidad de diversas maneras. Esta tensión dinamiza la conflictividad de la producción social del espacio.

La *representación del espacio* trasciende la práctica y la condiciona en sus límites posibles, a través de la representación mental, política e ideológica. Estos tipos de representación se mezclan e interrelacionan insertándose en lo social y lo político, en lo público y lo privado, entre los objetos y las gentes, potenciando formas o lógicas - viejas o nuevas - que hagan posible el habitar espacial y su continua transformación. Esta representación se materializa en arquitecturas, figuras, imágenes, mapas o discursos que inciden y son la producción del espacio que demuestran la eficacia simbólica de la producción social hecha materialidad. Se destacan en este ámbito los urbanistas, arquitectos, tecnócratas y pobladores que conciben, construyen y viven lo representado. Pero, tal representación posee un problema importante de enunciar: ¿qué es lo que se puede construir o habitar de lo representado?

Este interrogante hecho problema provoca *shokcs* en las mentalidades y prácticas sociales, en el sentido de que todo lo representado no puede materializarse. La representación como abstracción del espacio, daría lugar a un distanciamiento entre mapas

mentales y configuración espacial, cuando no se logran concretar. De otro lado, esta representación como abstracción o imagen puede ocultar las luchas o ambigüedades espaciales al colocarlas en forma de representación – imagen, mapa - de lo espacial. Pero este distanciamiento se podría valorar en positivo, en la medida que la representación hace posible *imaginar* o *diseñar* de otra manera el espacio dado. Entenderla como una posibilidad que obliga a la creación constante de otros ordenes espaciales, abriendo fisuras para alcanzar lo deseable y lo diferente en el ordenamiento espacial, es su función esencial.

Los *espacios de representación* guardan la característica profunda de la vivencia. Una vivencia que se entrelaza con el poder del orden o sobrevive a él imaginándose distinto para hacerle frente. El espacio vivido trasiega en lo clandestino, lo subterráneo de lo social y tiene en las prácticas del arte, de la pintura, la literatura o la poesía, su fuerza transformadora. El espacio de representación se vive y se apalabra desde su centro afectivo haciendo de la acción y la pasión fuerzas dinámicas de un significado creador en los ámbitos simbólicos y estéticos del espacio. Recordando a Bachelard, sería una poética del espacio, el espacio de representación. Esta cercanía de los espacios de representación a la vida cotidiana, a la vivencia social y política, y a las relaciones sociales humanas que los habitan, hacen de ellos *sitios* de resistencia y cambio frente a una funcionalidad fría o un orden espacial estéril.

Estos tres niveles se yuxtaponen y se entrelazan configurando el espacio social, dan forma a su diversidad y complejidad, a su laberíntica condición compuesta de funciones, imaginarios e ideologías que incitan su análisis. De igual manera y transversal a los tres niveles anteriores, se reconocen tres características en el espacio social, esenciales en su constitución y para su comprensión, ellas son: *la historicidad, la identidad*

y la *parcialidad*. Estas reafirman que “el espacio no es nada sin creadores, que son a la vez sus usuarios. Los “productores del espacio” no son sino los “actores sociales”, que son tanto productores como consumidores; al mismo tiempo son autores, actores y espectadores” (Hoffman, 1997, p. 22). Así, el espacio social conlleva su *historicidad* pertinente que le es suya. El espacio es historia, se constituye de los tiempos que lo hacen permanente o cambiante, o mejor, el espacio en su historicidad está poseído por la dinámica constante de sus permanencias y cambios, él es en esa dinámica.

“El pasado, el presente y el porvenir dan a la casa (*espacio*) dinamismos diferentes, dinamismos que interfieren con frecuencia, a veces oponiéndose, a veces excitándose mutuamente [...] Es por el espacio, es en el espacio donde encontramos esos bellos fósiles de duración, concretados en largas estancias” (Bachelard, p. 56)

Esta condición de historicidad es, al mismo tiempo, un escenario de comunicación en dos sentidos: el primero, se expresaría en la figura de *palimpsesto*¹⁰ espacial y temporal que tiene la historicidad del espacio. Es la comunicación a través de los tiempos cronológicos, a la par y simultáneamente, que las huellas espaciales dejadas por las sociedades. La historicidad del espacio se puede apreciar en dos direcciones: como concepto histórico ligado a una realidad, o, como expresión de unos procesos que dejan huella, como una especie de *genética de los espacios*. En esta idea radica la importancia de leer y comprender la espacialidad como palimpsesto de las sociedades. La idea es descifrar los cruces, superposiciones o rupturas de la historicidad espacial para entender el presente.

¹⁰ La idea o metáfora del palimpsesto expresa las ruinas, huellas y tiempos que el espacio posee, y que cruzándose o en una condición de simultaneidad histórica de tiempos estos se hacen presentes en la actualidad del espacio y en su formación.

Pero, sin reducir la figura del palimpsesto a lo pasado, es fundamental para pensar y construir el otro sentido de comunicación del espacio: el presente espacial como escenario de comunicación. Es decir, nuestros espacios son comunicación, lenguajes, actos de habla y enunciación. No son contenedores, meros espacios físicos, son significación social, habitados, imaginados y colectivos, en fin, los espacios son componente esencial de la comunicación, siendo ellos relación comunicativa.

Al entender al espacio como histórico y comunicativo, tendríamos que hablar de otra de sus condiciones: la *identidad espacial*. La identidad hace referencia a la relación que los sujetos construyen al habitar, pensar y constituir los espacios; ese ser de algún sitio revela las identidades políticas, étnicas, de género, generacionales, que el espacio produce y reproduce. Son las pertenencias, las integraciones y las elaboraciones colectivas las que dan identidad con relación al espacio.

“Hay que decir, pues, cómo habitamos nuestro espacio vital de acuerdo con todas las dialécticas de la vida, cómo nos enraizamos, de día en día, en un “rincón del mundo”...ahora, nuestro objeto está claro: debemos demostrar que la casa (*espacio*) es uno de los mayores poderes de integración para los pensamientos, los recuerdos y los sueños del hombre” (Bachelard, p. 49)

Sin lo anterior, acontece la metáfora de Marc Augé que es reveladora: “cuando las aplanadoras borran el terruño, cuando los jóvenes parten a la ciudad o cuando se instalan ‘alóctonos’, en el sentido más concreto, más espacial, se borran, con las señales del territorio, las de la identidad”, por el contrario “toda las relaciones inscritas en el espacio se inscriben también en la duración, y las formas espaciales simples [...] se concretan sino en y por el tiempo”(Augé, 1993, p. 98). Lo producido históricamente como espacio da la sensación de permanencia – monumentos – o de cambio – revoluciones – que la identidad espacial padece en el tiempo histórico. Las preguntas a reconocer en periodos

de larga duración con relación al espacio, son: ¿qué permanece y qué cambia? El espacio promueve y cualifica esta antinomia aparente. En este juego se halla la construcción de la espacialidad como identidad, un juego de rememoración que hace posible entender y asumir los cambios. Mario Benedetti, en su exilio, escribió uno de los mejores ejercicios de rememoración espacial como ejercicio de identidad, de una identidad ligada a la historicidad y al cambio espacial.

“Las geografías, qué delirio zozco ... Un juego elemental y más opaco, que sólo se explica por la mufa ... Y por tanto el juego tiene su cosquilla. Es así: uno de las dos preguntas sobre un detalle (no privado, sino público) de la lejanísima Montevideo: un edificio, un teatro, un árbol, un pájaro, una actriz, un café, un político proscrito, un general retirado, una panadería, cualquier cosa. Y el otro tiene que describir ese detalle, tiene que exprimir al máximo su memoria para extraer de ella su postalita de hace diez años, o darse por vencido y admitir que no recuerda nada, que aquella figura o aquel dato se borraron, no se alojan más en su archivo mnemónico. En este último caso pierde él un punto, siempre y cuando quien formula la pregunta posea efectivamente la respuesta”. (Benedetti, 1997, p. 370)

Son los enraizamientos como figura de permanencia, los itinerarios como caminos y trayectos, y la encrucijada como encuentro, las metáforas que dinamizan la historicidad, la comunicación y la identidad del espacio. Esta riqueza conflictiva en la producción social del espacio también encarna la pugna de poderes y de imágenes que lo constituyen, tal conflictividad provoca en el espacio su *parcialidad constitutiva*, es decir, sus límites, fronteras y organizaciones que hacen de él un lugar significado. Una posible neutralidad se aleja de la producción social del espacio, son las intenciones (de todo tipo) las que mueven esta producción, son la fuente de la parcialidad. La clásica pregunta de ¿por qué esta organización espacial y no otra?, encarna la parcialidad de su construcción y debe ser vista positivamente como fundamento de la

finitud temporal y de los límites espaciales, de sus contingencias y de sus cambios. La intención que fecunda el ordenamiento y la organización espacial produce la parcialidad original de este.

Pero, esta caracterización del espacio en su complejidad y riqueza, hasta el momento sugerida, enfrenta en el momento contemporáneo otro reto para su constante renovación. A partir de los desarrollos tecnológicos en comunicación y redes informáticas en las trasferencias bancarias, viajes y demás formas de la vida moderna, se produce el llamado *aceleramiento* de la vida social, inscrito esto en los procesos de globalización económica y mundialización cultural. Ello provoca, por un lado, que el aceleramiento de lo social ha hecho que los análisis se centren en las encrucijadas o trayectos *temporales* como signo fundamental. El tiempo es la categoría que hace girar al mundo, provocando que “la velocidad [sea] el espacio devorado por el tiempo” (Zumthor, 1994, p. 27). La hiperconexión y la instantaneidad, que de ello se deriva, ayuda a la configuración de un *sensorium temporal* que alimenta la fluidez, la rapidez y la sensación de viaje permanente; el surf que describiera Bauman en las redes sociales.

De igual manera, el proceso globalizador y mundializador ha hecho que los análisis postulen el fin de los límites, las fronteras y los mapas, y se propone una opacidad llena de tramas y redes informáticas; el espacio y sus figuras se pierden. Ambos argumentos - velocidad extrema del tiempo y opacidad de los contornos espaciales - guardan la idea de un *vaciamiento o invisibilidad de lo espacial*. Sin embargo, existe una paradoja peculiar en esta negación de lo espacial, por un lado, los términos utilizados para referenciar lo que acontece recuerdan lo espacial: *deslocalización, desterritorialización*, etc. Esto hace aún más afirmativo que “una de las funciones primarias del lenguaje parece ser, marcar,

en el seno de toda situación de habla, el espacio del sujeto, lugar de producción de la palabra” (Zumthor, 1994).

Pero, por otro lado, debemos reconocer otros análisis que plantean, alejándose de la ficción anterior, que lo espacial lo que ha sufrido es una transformación en sus configuraciones y organizaciones, en sus maneras de expresarse, y en las formas como este es percibido y construido en este momento histórico. Debates en torno al cruce de escalas entre lo local, lo nacional y lo global (Ortiz, 1998, p. 36), que llama a travésamiento escalar; la sensación de que aquello que se desesterritorializa necesariamente se relocaliza en algún espacio, o el manejo de nuevos conceptos que requieren ser explorados, por ejemplo, la metáfora de la *glocalización* (Canclini, 1995; Roberson, 1992), requieren tratamiento crítico¹¹.

Sin pretender profundizar en estos debates contemporáneos sobre la espacialidad, es innegable que se debe reconocer la pertinencia de asumirlos, además de visualizar los retos, aventuras y tareas que los procesos de globalización y mundialización hacen a la teoría espacial. El espacio es una categoría móvil, flexible y significativa que no puede anclarse a un sentido, y, por el contrario, expande la comunicación, la historia, las identidades y los límites; categoría que fronteriza, marca y dibuja los contornos de la experiencia social. La riqueza de su contenido es lo profundamente humano que significa constituirse y construir la espacialidad. Razón tenía Heidegger: “habitar es construir”.

En tal perspectiva, el espacio es un problema ontológico a pensar, y un requerimiento axiológico que requiere su discusión, en tanto “concepto de ‘espacio’” y su producción y eficacia simbólico-social “es, y siempre ha sido, esencialmente político y saturado de una red compleja

¹¹ Mirar el sugerente libro de Zygmunt Bauman, **La Globalización. Consecuencias Humanas**, especialmente el capítulo “*Guerras por el espacio: Informe de una carrera*”. Fondo de Cultura Económica, Brasil, 1ª edición en español, 1999.

de relaciones de poder/saber que se expresan en paisajes materiales y discursivos de dominación y resistencia” (Oslender, 1999, p. 12) Pero, aquello guarda también su fuerza en reconocer que “es la experiencia del espacio la que funda, evidentemente, una de las bases sobre las cuales el ser humano organiza conceptualmente los otros ámbitos de la ‘realidad’” (Zumthor, 1994, 27); de esta manera, “el espacio llama a la acción, y antes de la acción la imaginación trabaja” (Bacherlard, 1995).

Vida cotidiana.

A diferencia de una corriente de pensamiento donde la vida cotidiana tiene un rasgo o dimensión rutinaria, ideologizada, irreflexiva e incluso inútil, y es tildada o subrayada como un asunto que debe ser necesario transformar para salir de una alienación peligrosa de la experiencia, es importante advertir y señalar que esa interpretación deja por fuera la fuerza que dicha rutina tiene *en y para* la experiencia. Si bien la vida cotidiana es un devenir social que solo se caracteriza por la continua repetición de acciones, tareas, compromisos y obligaciones que, acordadas e institucionalizadas socialmente y significadas subjetivamente, definen cierto orden y roles aparejados a él, no implica que dicha acción solo sea traducida como mera alienación, subordinación o heteronomía. Es decir, existe una fuerza en la ideologización o cotidianización de la experiencia que hacen de su aceptación no una culpa, represión o poder internalizado o interiorizado, sino un *saber práctico para vivir* que en muchas ocasiones, el sujeto de la experiencia, disfruta o no le es odioso. Elizabeth Jelin ha planteado que

“En un primer nivel, la biografía personal está traspasada por experiencias vitales, aprendizajes y rupturas. Todos ellos involucran memorias y una autoreflexividad ligada a esa temporalidad biográfica,

con al menos dos modalidades de memorias: las incorporadas en la experiencia no reflexiva, en el *habitus* y todo lo “sedimentado” por un lado; las memorias “memorables”, que lo son porque la vivencia fue de ruptura de lo habitual y reiterativo, porque se refieren a acontecimientos cargados de emociones y afectos, o a situaciones en la hubo algo que transformó los marcos interpretativos de la propia vida (esos “¡Ah!” que en las narrativas autobiográficas aparecen casi siempre como ...y ahí me di cuenta”) (Jelin, 2004)

Aunque Jelin nos habla de las memorias incorporadas y las memorables – otra dualidad - señala que nuestra biografía esta “atravesada por experiencias vitales” de aprendizajes y rupturas que en el devenir de la vida cotidiana se entrecruzan, solapan, tensionan y/o conviven. Por ello es muy importante elaborar cierta crítica a la naturalización de la lectura de la vida cotidiana como dicotómica, polarizada o estática. Porque esa

“dicotomía es un ejercicio de poder y, al mismo tiempo, su disfraz... La dicotomía representa sus miembros como iguales e intercambiables. Pero su existencia testifica la presencia de un poder diferenciador... Por lo mismo, la significación, al parecer, se gesta en las prácticas de los poderes capaces de establecer diferencias – capaces de separar y de marginar – [...] Ambas caras (politización e ideologización) depende una de la otra, pero la dependencia no es simétrica. La segunda depende de la primera para su aislamiento forzoso. La primera depende de la segunda para su autoafirmación” (Bauman, 2005).

Una dicotomía que jerarquiza la experiencia de la vida cotidiana y la congela, la cierra y la naturaliza en dos cuadrantes legiblemente definidos. Pero valdría, en este punto, hacer una pregunta: ¿por qué la gente desarrolla actividades rutinarias sin que ello signifique (para ellos/as) una degradación de su experiencia? Dos podrían ser las respuestas posibles: de un lado, cierta aceptación aprendida e

interiorizada que opera como una obligación taxativa para garantizar el orden social (cierta alienación o subordinación evidente); de otro lado, cierta aceptación deseosa de aquello que se percibe como necesario hacerlo y que no supone una alienación u opresión de la experiencia (riqueza de lo ordinario). En esa segunda opción se hallan una serie de prácticas, discursos, acciones y/o comportamientos que ameritan una lectura crítica, no para invitar a su transformación inevitable, sino para reconocer su fuerza configuradora de la experiencia en la vida cotidiana. Una ideologización que, en lugar de esconderse en lo privado e incommunicable, le da sentido a unas prácticas que perviven en el tiempo como parte del devenir subjetivo y social.

Qué sería del mundo y la subjetividad sin esas prácticas rutinarias, no alienantes, que permiten el diario vivir; por ejemplo, cómo vivir cotidianamente sin ciertos gestos del galanteo que el baile sugiere y comunica en su dimensión erótica, que no necesariamente son problematizados constantemente. Entonces, esas permanencias se entrecruzan con la “actividad creadora de los practicantes de lo ordinario” (De Certeau, 1999), están cruzadas con lo extraordinario en tanto la experiencia de la vida cotidiana, su fuerza vital y comprensiva se haya en identificar aquello que acontece en *medio, en la mitad, en la interfase* de lo que llamamos ideología y política. Pensar en ese movimiento que se agencia en la frontera entre una y otra implica, salirse de la razón legisladora de la dicotomía, de aquella que ha privilegiado la clasificación del mundo como un orden claramente delimitado (orden y caos, bien y mal, ciencia y sentido común) y, en contravía, reconocer que si la “modernidad es producción de orden, la ambivalencia *es el desecho de la modernidad*” (Bauman, 2005).

En ese desecho radica la potencia de la experiencia en la vida cotidiana, ya que al no quedar incluida en las categorías imperativas de la interpretación moderna (legible y no legible) logra hacer ruido, dejar dudas, aumentar sospechas sobre su propio devenir, y deja sentir la ambivalencia o la “conciencia de la contingencia” que tiene lo social. La experiencia de la vida cotidiana en esta perspectiva es una acción en *zigzag*, en trayectos, en rutas posibles que no están del todo ubicadas en una dimensión precisa, que por el contrario y a pesar del largo tiempo rutinizadas, no necesariamente son alienantes – aunque algunas lo sean o lo parezcan -. De ahí que se insista que es importante sugerir una postura más flexible de aquello que en la experiencia acontece, reconociendo que las sociedades contemporáneas, caracterizadas por movimientos constantes en sus configuraciones, han desinstitucionalizado varias de las prácticas cotidianas con las cuales solíamos entendernos y relacionarnos, pero que a su vez producen otras formas de institucionalización de la experiencia; un tipo de juego entre lo instituido y lo instituyente es el que se quiere sugerir. Una especie de torbellino social, un movimiento de “unión de la desunión” (Berman) que hace parte de la vida cotidiana; un movimiento difícil de leer bajo parámetros clásicos donde prima la razón binaria incansable en el trabajo de normalización.

Pero acudir a cierto movimiento en la vida cotidiana no supone alabar un desenfreno o inestabilidad total en ella, lo que se quiere resaltar es que existe experiencias que en un momento determinado son cristalizaciones (rutinas, sentido común), pero que en otra ocasión – dimensión temporal – se trasformen, o viceversa. Ese tránsito es al cual se alude como rasgo de la experiencia de la vida cotidiana, como su dinámica de funcionamiento. Desde este punto de vista la subjetividad – el sujeto actuante – posee una doble posición, de muchas otras, en la vida cotidiana: es un sujeto o subjetividad que esta inextricablemente *sujetada*

a rutinas sociales, historias y culturales que lo/la hacen parte del mundo que le es de suyo (la socialización). Pero a la vez ese sujeto o subjetividad trascendiendo o cuestiona su sujeción, eso que los filósofos llaman autotrascendencia o reflexividad de sí y por tanto de su condición social.

Es evidente que en la vida cotidiana se trazan unos horizontes donde la experiencia, por la fuerza de lo social-histórico, queda instalada, pero, a su vez, dicho horizonte tiene, ofrece o se ve interpelado por muchas formas, artes o argucias de significar, vivir, transitar dichos horizontes. Maqroll El Gaviero, De manera sugerente ha dicho:

“Allí está, allí, sigue, hecha de la suma de todos los momentos en que deseche ese recodo del camino, en que prescindí de esa otra salida y así se ha ido formando la ciega corriente de otro destino que hubiera sido el mío y que, en cierta forma, sigue siéndolo allá, en esa otra orilla en la que jamás he estado y que corre paralela a mi jornada cotidiana”.

Pero, la experiencia de la vida cotidiana, en tanto expresión subjetiva, colectiva y espacial, acude a una “táctica” para pensar e ir identificando caminos posibles que permitan debatir y re-crear el lugar de la geografía en el mundo escolar, que implica dos acciones: una que se dedica a conocer la complejidad socio-histórica, cultural, política y pedagógica que habita en las escuelas, entendiendo de entrada que no es un mundo idílico de docentes y estudiantes empeñados en un propósito común; es un mundo de muchos matices y aprender a leerlos es importante. La otra, teniendo acercamientos básicos a la complejidad anterior, es “hacer cosas”, “el arte de hacer cosas” (programas, proyectos, didácticas, marchas, foros, revistas, cartillas, libros y, entre otras, CDs interactivos). Si no hacemos lo que consideramos se debe hacer, nadie lo hará por nosotros, y, como “buenos críticos de lo social”, seguiremos diciendo: “lo que se debe hacer es...”. La “táctica” de trabajo que se presenta, con sus dos acciones, tiene sus raíces, en una palabra: praxis. Esa extraña condición que nos permite

pensar haciendo y hacer pensando, que no diferencia ambas dimensiones en la intención de transformar repertorios de pensamiento y formas de hacer las cosas. Ahí radica la apuesta pedagógica.

Como se ha dicho anteriormente, la primera acción es adentrarse en el mundo educativo e ir “desbrozando” los matices que en él coexisten. Empezar dicha labor puede tener múltiples entradas o rutas de acceso, en este caso el “ábrete sésamo” son las *narrativas docentes*. Narrativas que cotidianamente se expresan y apalabran casi todo lo que se mueve, se hace, se niega, se ama o se deja de hacer, en la institución educativa. Pero lo importante es que

“...las narrativas forman un marco dentro del cual se desenvuelven nuestros discursos acerca del pensamiento y la posibilidad del hombre, y que proveen la columna vertebral estructural y funcional para muchas explicaciones específicas de ciertas prácticas educativas. Los relatos contribuyen a fortalecer nuestra capacidad de debatir acerca de cuestiones y problemas educativos. Además, dado que la función de las narrativas consiste en hacer inteligibles nuestras acciones para nosotros mismos y para los otros, el discurso narrativo es fundamental en nuestros esfuerzos de comprender la enseñanza y el aprendizaje.”¹²

Pensar el ámbito de acción y las estrategias para el desarrollo de una educación geográfica resulta, por lo menos, sugerente en clave conceptual. En el sentido de explorar posibilidades en las cuales educación y geografía logren imbricaciones, relacionamientos y/o complicidades en el mundo educativo formalizado, pero, y de igual manera, en lo que podríamos llamar el mundo ciudadano. La relación “educación” y “geografía” es

¹² Esta cita es el epígrafe de un libro interesante, por su enfoque y propósitos, producido en Argentina y que se hace parte de todo un diseño de trabajo para hacer de las narrativas una dimensión estratégica para el cambio educativo, reconociendo el saber docente. *Narrativa docente, prácticas escolares y reconstrucción de la memoria pedagógica. Módulo 1. Manual de capacitación sobre registro y sistematización de experiencias pedagógicas* (2003), Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología, AICD, Argentina

un campo por explorar, sobre todo en nuestros contextos educativos y sociales, donde la disciplina y/o saber geográfico goza de cierta imagen o representación en la cual semeja o es un *saber inútil*. Imagen que no es del todo inventada por las personas ubicadas fuera de la disciplina, de los problemas y discursos geográficos, sino de un legado o tradición que en términos epistemológicos y educativos pesa y ayuda a continuar entendiendo, imaginando, representando y practicando la geografía de esta manera. Pero, acogiendo la invitación de Rodolfo Espinosa,

“Pensar, sentir y vivir los espacios, como propuesta de acción educativa, es el reconocimiento de que el espacio geográfico, entraña lecturas complejas y que involucran necesidades prácticas: pensarlo para interpretar las lógicas que los sustentan; sentirlos para comprenderlos en sus diversos significados; y vivirlos para atender problemas del individuo y la sociedad” (Espinosa, 2004, p. 37)

Referencias.

- Augé, M. (1993). *Los “no lugares” espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa, Barcelona.
- Bachelard, G. (1995). *La poética del espacio*. Fondo del Cultura Económica,
- Bollnow, O. (1969) *Hombre y espacio*, Barcelona, Editorial Labor.
- Soja, E. (1993). *Geografías Pós-modernas. A reafirmación do espacio na teoria social critica*, Editorial. Jorge Zahar.
- Viñao, F. (1993). Del espacio escolar y la escuela como lugar: propuestas y cuestiones. *Revista Historia de la Educación*, 12-13, (1993-94).
https://www.researchgate.net/publication/39212030_Del_espacio_escolar_y_la_escuela_como_lugar_propuestas_y_cuestiones
- Zumthor, P. (1994). *La medida del mundo*, editorial. Catedra, Madrid.